

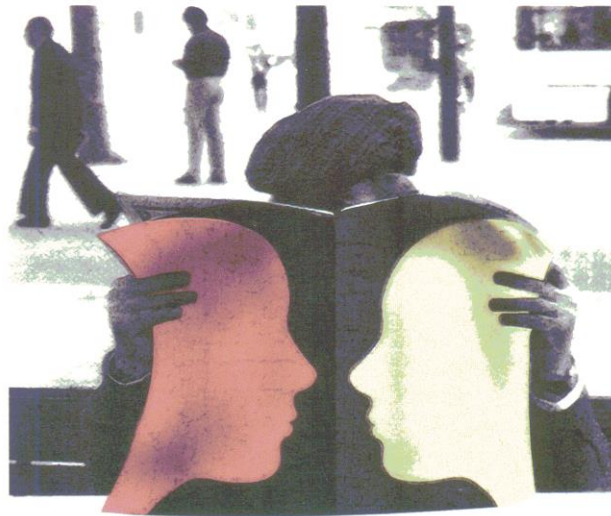
Roberto Andrés González Hinojosa
(coordinador)

EDUCACIÓN Y HUMANISMO
La filosofía de la educación frente a la crisis del hombre contemporáneo



EDUCACIÓN Y HUMANISMO

La filosofía de la educación frente
a la crisis del hombre contemporáneo



Roberto Andrés González Hinojosa
(coordinador)



Educación y humanismo
La filosofía de la educación frente
a la crisis del hombre contemporáneo

Educación y humanismo
La filosofía de la educación frente
a la crisis del hombre contemporáneo

Roberto Andrés González Hinojosa
(coordinador)



Juan Pablos Editor

México, 2018

González Hinojosa, Roberto Andrés

Educación y humanismo : la filosofía de la educación frente a la crisis del hombre contemporáneo / Roberto Andrés González Hinojosa, autor. - México : Juan Pablos Editor, 2018

1a. edición

244 p. ; 14 x 21 cm

ISBN: 978-607-711-472-7

T. 1. Educación humanística - México T. 2. Educación humanística - Filosofía

LC1024.M6 G66

EDUCACIÓN Y HUMANISMO. LA FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN
FRENTE A LA CRISIS DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO
de Roberto Andrés González Hinojosa (coordinador)

Primera edición, 2018

D.R. © 2018, Roberto Andrés González Hinojosa (coordinador)

D.R. © 2018, Juan Pablos Editor, S.A.
2a. Cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. del Carmen
Del. Coyoacán, 04100, Ciudad de México
<juanpabloseditor@gmail.com>

Diseño de portada: Daniel Domínguez Michael

ISBN: 978-607-711-472-7

Esta publicación fue dictaminada por pares académicos
bajo la modalidad doble ciego

Impreso en México/Reservados los derechos

Juan Pablos Editor es miembro de la Alianza
de Editoriales Mexicanas Independientes (AEMI)
Distribución: TintaRoja <www.tintaroja.com.mx>

Índice

Introducción <i>Roberto Andrés González Hinojosa</i>	9
Educación y humanismo: bases filosóficas para la reivindicación de la persona <i>Roberto Andrés González Hinojosa</i>	15
El totalitarismo ante la ontología, la metafísica y la universidad <i>Francisco González Jiménez</i>	37
El <i>humanismo</i> del nuevo modelo educativo, ¿reforma político-económica o acción educativa? <i>Gustavo Adolfo Esparza Urzúa</i>	57
El papel de las humanidades frente a la educación en el contexto contemporáneo <i>Óscar Juárez Zaragoza</i>	85
Por una educación democrática en nuestros días <i>Herminio Núñez Villavicencio</i>	109
Pensamiento complejo y creatividad en la educación del diseño <i>María Teresa Alejandra López Colín</i>	135

Educación y humanismo:
bases filosóficas para la reivindicación de la persona

Roberto Andrés González Hinojosa

PREÁMBULO

La presente investigación se sustenta en la preocupación filosófica por el ser del hombre. Se analizan los principales rasgos de la educación y el humanismo desde la óptica filosófica de Emmanuel Mounier (1905-1950). A la filosofía de este último se le conoce como *personalismo*, por enarbolar la reivindicación del hombre a través de la conquista de la *persona*. En este sentido, la educación, desde la perspectiva del autor en cuestión, deberá hacer transitar al hombre del estado de ensoñación (ya sea gregario o individualista) a un estado de vigilia, es decir, buscará despertar la persona que cada individuo lleva dentro de sí. En el proceso de formación y educación de la persona intervienen factores tales como la escuela, la familia, la sociedad y las iglesias. Cabe agregar que en esta postura se apuesta por el prójimo, es decir, se formula una propuesta íntimamente comprometida con la sociedad, de aquí que la educación deba sustentarse en el amor y la libertad.

Entre los acontecimientos que marcaron de manera imborrable la personalidad y el pensamiento de Mounier están la Revolución rusa de 1917 (y el ascenso del movimiento obrero en toda Europa); la crisis de 1929 acaecida en la debacle luego de la Primera Guerra Mundial; la Segunda Guerra Mundial (impulsada por la ascendencia al poder de los regímenes fascistas en diferentes partes de Europa), y la muerte de su primogénita. En torno a esto, Domingo Moratalla afirma:

La vida y la obra de Mounier se sitúa en una encrucijada marcada por tres grandes acontecimientos que condicionaron continuamente su reflexión: la crisis económica que sucedió a la Primera Guerra Mundial (1929), la influencia de la Revolución rusa de 1917 en el movimiento obrero de toda Europa, la notable represión existente más proclive al anatema que al diálogo.¹

Por otra parte, Lucien Guissar completa este cuadro al señalar que el otro acontecimiento que marcó profundamente la actividad de nuestro autor fue la grave enfermedad y muerte, a temprana edad, de su hija: "La actitud de sacrificio que le exigió la vida [de Mounier] al herirle en sus afectos más caros es digna de ser citada como ejemplo de dolor, cuando su hija Françoise había enfermado a la edad de siete meses de encefalitis, tras la aplicación de una vacuna".² Esta pérdida irreparable, junto con el contexto agitado de la primera mitad del siglo XX, despiertan en Mounier la vocación por la persona.

Ciertamente, el contexto en el que se desarrolla la obra de nuestro autor es sumamente adverso; pocas veces la historia ha asistido a episodios tan ruines como el que acontece frente a sus ojos: los hombres destruyéndose unos a otros y destruyendo su mundo. ¿Será que el hombre, como decía Heidegger hacia 1927, es un ser para la muerte? Este último señala: "La muerte es *la posibilidad más peculiar, irreferente e irrebasable [...]* Desde el momento en que el 'ser ahí' existe, es también ya *yecto* en esta posibilidad de la muerte".³ Por su parte, Mounier pregunta: ¿en verdad el hombre está destinado a la muerte? Semejante sentencia no será aceptable de ninguna manera por el autor francés. Desde luego, lo que Heidegger busca al aludir a la sentencia acerca de que el hombre es un "ser para la muerte" es un *existenciarío* que permita abarcar completamente la estructura del Dasein en el horizonte del tiempo, llegando así a una avenida que pueda conducir al hombre a la

¹ Agustín Domingo Moratalla, *Un humanismo del siglo XX: el personalismo*, Madrid, Cincel, 1985, p. 90.

² Lucien Guissar, *Emmanuel Mounier*, Barcelona, Fontanella, 1968, p. 38.

³ Cfr. Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*, México, FCE, 1997, § 51, p. 274.

existencia propia caracterizada por la posesión del ser propio, y urgiéndolo a cumplir todos los asuntos que tenga en cartera. En este sentido, Mounier aceptará y al mismo tiempo rechazará la propuesta heideggeriana; la aceptará sólo en la medida en que el hombre, cualquiera que sea su condición, está llamado a poseer su ser propio, y que atendiendo al llamado de la vocación, está obligado a cumplir con sigilo y presteza sus compromisos en el mundo; y la rechazará en la medida en que, para nuestro autor francés, el hombre, más que estar llamado a la muerte, está llamado a la trascendencia, entendida no sólo en el sentido intersubjetivo, sino en el de la trascendencia espiritual. Para Mounier, el hombre está llamado a la esperanza de salvación.

Así pues, en el contexto histórico de Mounier, *lo político*, se caracteriza por la eminente ascendencia al poder de ideologías totalitarias y fascistas, como la de Mussolini en Italia y la de Hitler en Alemania, las cuales no tienen límites en sus atropellos. El mundo comienza a dividirse en dos grandes ejes dominados ideológicamente por el liberalismo y el socialismo, respectivamente. La idea de gobierno experimenta una convulsión sin par, no existe ya un norte hacia el cual dirigirse; el hombre es conducido hacia parajes inciertos en medio de la densa noche, ya no existe un suelo firme para posar los pies.

Asimismo, en *lo filosófico*, el ambiente está dominado por la fuerte proliferación de pensamientos que ven al hombre como naturalmente malo; la vieja sentencia de Hobbes, que rezaba *Homo hominis lupus*, recobra actualidad. Nietzsche, Marx, Freud, Heidegger y Sartre representan el baluarte más vivo de esta postura. Para estos autores, el "otro" no es propiamente mi prójimo, sino el espejo a través del cual descubro mi propia voracidad. Heidegger, por ejemplo, dice que el hombre siempre es un "ser-con", no obstante, este estar-con no dirime la hostilidad original entre los unos y los otros: "Ambiguamente, dice Heidegger, es el 'ser ahí' siempre 'ahí' [...], 'ser uno con otro'. Cada cual está inicial e inmediatamente al acecho del otro, de qué hará y qué dirá. El 'ser uno con otro' es [...] un tenso, pero ambiguo acecharse uno a otro, un secreto aguzar los oídos mutuamente. Tras la máscara del 'uno

para otro' actúa un 'uno contra otro' ".⁴ Por su parte, Mounier dirá que en el horizonte de estas filosofías "el hombre vive como expulsado de sí, confundido con el tumulto exterior: es el hombre prisionero de sus apetitos, de sus funciones, de sus hábitos, de sus relaciones, del mundo que lo distrae".⁵ Aquellas filosofías muestran el costado ignominioso del hombre, como ser de la desconfianza. El autor intentará poner énfasis en la otra cara de la moneda, devolviendo la autoestima de la persona justamente a través de la confianza en el otro.

Así también, en *lo económico*, el hombre ha venido decantando en dos extremos adversos y sin alternativa: o bien en el *colectivismo* amorfo, en donde el hombre ha sido reducido a un engrane de la masa (léase marxismo y fascismo), y por otro lado, en un *individualismo* exacerbado propiciado por el liberalismo y la sociedad de consumo. Tanto en uno como en el otro extremo, el hombre está fuera de su sitio, se encuentra distraído y prisionero de sus apetitos; aquí el hombre no es dueño de su ser, es artífice de propósitos que en cada caso lo rebasan. Por ello, desde la óptica de Mounier, tanto el individuo egoísta, como el hombre perdido en la ignota masa, tienen que trastocarse en una "persona".

Este panorama adverso es lo que nuestro autor denomina *desorden establecido*. En consecuencia, los dos enemigos a vencer en esta cruzada emprendida por nuestro autor son el colectivismo y el individualismo. Hay que recuperar al hombre del yugo en que estas dos acepciones lo tienen sujetado.

Entre sus influencias teóricas cabe mencionar, en primer lugar, el texto bíblico. La lectura de la doctrina de Jesucristo representará en Mounier la piedra angular de su filosofía, debido a que dicha doctrina no se agota en la pura propuesta teórica, por el contrario, exige un compromiso y una práctica comunal que comienza con la elección de sí mismo: hay que amarse a sí mismo para poder amar al prójimo. Se trata de reivindicar al hombre que se encuentra extraviado y confundido, devolviéndole su dignidad a través del amor; este amor siempre es hacia el otro.

⁴ Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*, op. cit., §37, p. 194.

⁵ Emmanuel Mounier, *El personalismo*, México, Maica Libreros, 2005, p. 61.

En segundo lugar, Mounier fue uno de los primeros en discernir críticamente el legado de Marx; a temprana hora nuestro autor francés se da cuenta de que el ideal de justicia y libertad representan, sin duda, el anhelo legítimo de todo desarrollo histórico. De Marx también retoma la idea de que la actividad filosófica debe complementarse con una actividad comunal y transformadora del mundo. Se debe predicar con el ejemplo. Desde luego, el paisaje del ideal de justicia y libertad que se despliega entre Marx y Mounier será enteramente diferente, pues en el primero se tratará de la disolución de las clases sociales, mientras que en el autor francés se busca una liberación y reconquista de la persona por medio de una suerte de purificación de todo dejo de individualismo.

“Resulta innegable que el meollo de la preocupación de nuestro autor es la persona.”⁶ Esto es, el autor se propone centrar toda reflexión filosófica en el valor único de la persona y en la inserción de ésta en la sociedad y en el mundo. La persona representa el eje central de toda su preocupación. Para Mounier, la persona es esencialmente libertad y espontaneidad creadora, es trascendencia caracterizada por su empeño en el mundo; este empeño evita el aislamiento de la pura espiritualidad individual y conduce a la persona hacia una comunidad fraterna, inspirada en la noción cristiana de la comunión de los santos. No obstante, la persona es la unión indisoluble entre cuerpo y espíritu, ni es solamente cuerpo (materialismo), ni es solamente espíritu (espiritualismo); es plenamente cuerpo y es también plenamente espíritu.

**ACERCA DE LA POSIBILIDAD
DE OTRA FORMA DE SER HUMANO
MEDIANTE EL CONCURSO DEL PRÓJIMO**

En medio de la inquietud temática acerca del ser del hombre, hacia mediados del siglo XX vemos la emergencia de una filosofía

⁶ Roberto González Hinojosa, “Emmanuel Mounier y el existencialismo ateo: debate en torno a la intersubjetividad y la muerte”, en *Persona y Bioética*, vol. 14, núm. 1, enero-junio, Cundinamarca, Universidad de La Sabana, 2010, p. 69.

sui generis enarbolada por Mounier presentada bajo el adjetivo de "personalismo". Mediante esta propuesta el autor se propone la reivindicación de la persona. Podría decirse que el personalismo no es propiamente un sistema en el sentido hegeliano, pues la naturaleza de objeto material de estudio (el hombre) no es él mismo sistema. No obstante, esto no mengua el rigor y la seriedad con que el autor discurre en cada momento a través de su búsqueda filosófica. El personalismo es más bien una actitud que adquiere voz mediante el contorno que le confiere el esmero de la reflexión filosófica.⁷ Es una postura que adquiere tal nombre justamente en virtud de su propósito de atención, el cual es ciertamente el hombre, pero, a diferencia de las antropologías filosóficas o filosofías de la historia, el personalismo ha partido de la consigna de que esta propuesta no es sólo una visión del mundo o de la historia, o una idea neutral acerca del hombre, es antes bien una lucha, con y por el hombre, la cual pretende que éste se despoje del yugo de la esclavitud del colectivismo y el individualismo, a fin de que adquiera el adjetivo propio de persona. Luchar desde la filosofía por el reconocimiento de la dignidad del hombre es una cruzada que exige lealtad hacia el otro y atención permanente a semejante propósito.

Éste es sin duda el rasgo específico del personalismo: no se entiende exclusivamente como una propuesta teórica. Desde luego que es una concepción filosófica acerca del hombre y de la historia, pero además, y ante todo, debe entenderse como una cruzada por el hombre. Se trata de reparar en la medida de lo posible la esperanza rota que distingue la dignidad del hombre. En este sentido, Mounier encarna el rol de una suerte de médico que desde la filosofía reanima la esperanza a este hombre que recién Sartre había adjetivado con el nombre de "pasión inútil". Mounier amonesta a toda filosofía que tiende a la neutralidad o al quietismo, pues no es tiempo, según él, de seguir durmiendo. Todo pensamiento debe contraer un compromiso para la reivindicación del hombre; no se trata de hundir más en la ignominia los restos de la humanidad

⁷ Cfr. Emmanuel Mounier, *El personalismo*, op. cit., p. 6.

con pensamientos adversos y hostiles. Nuestro autor dice en "El manifiesto al servicio del personalismo" que en estas circunstancias adversas, no se puede concebir una educación o filosofía neutra.⁸

Mounier hace suya la convicción de que la gracia de Jesucristo se ha donado para que todos los hombres tengan "vida". Jesús en el "Evangelio según San Juan" dice: "yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia".⁹ Esta misma frase la podemos ver también en la carta de Pablo de Tarso a Tito: "Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación de todos los hombres. [Jesucristo] se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos".¹⁰ Mounier está plenamente convencido de que no se necesita ser converso para poseer el adjetivo de persona. El testamento de nuestro autor francés está dirigido a todos, conversos o no conversos, porque no se necesita la comunión con Dios para entender, por ejemplo, que el hombre debe ser tenido siempre como un fin y nunca como un medio, o que el amor permite estrechar lazos más firmes y francos entre la comunidad. La persona no es tema de una religión, representa más bien la existencia inmediata que cada uno de nosotros es y anhela llegar a ser. La persona no es un don natural, es el resultado del empeño desarrollado hacia el despliegue de todas nuestras potencialidades.

Hay que entender que el hombre tiene la posibilidad de ser persona cuando se muestra capaz de no esconderse anónimamente en la masa, ni se deja negar por la tecnología, ni cae en abstracciones conceptuales individualistas. Desde luego, la naturaleza dinámica e impredecible de la persona es lo que impide que pueda tratarse como un objeto. Mounier dice al respecto: "cabría esperar que el personalismo comenzara por definir a la persona. Pero sólo se definen objetos externos al hombre y que podemos poner bajo nuestra mirada. Mas la persona no es un objeto. Incluso es

⁸ Cfr. Emmanuel Mounier, "Manifiesto al servicio del personalismo", en *Obras*, Salamanca, Sígueme, 1993, pp. 650ss.

⁹ Reyna Valera (trad.), "Evangelio según San Juan", 10:10, *Santa Biblia*, Florida, Publicaciones Españolas, [1960] 1982.

¹⁰ "Carta a Tito", 2:11, *Santa Biblia*, *op. cit.*

aquello que no puede ser tratado como objeto en ningún hombre".¹¹ Es justamente esto mismo lo que inhibe también cualquier pretensión por constreñir en una definición a la persona. La persona no es un concepto, es una entidad real que vive y se desenvuelve singularizándose en cada circunstancia. La persona es espacio y es tiempo que existe viviéndose como proceso.

No obstante, pese a esta resistencia por conceptuar a la persona, Mounier, por lo menos en dos pasajes de su libro titulado *El personalismo*, nos ofrece una aproximación conceptual a la noción de persona, en torno a la cual nos dice: "por definición, la persona es aquello que no puede repetirse dos veces";¹² esto es, la persona es única e irrepetible, carece de un valor de cambio, por lo cual es irreductible a una cosa o a un número. Hay que reconocer la eminente influencia kantiana en esta acepción de la persona que dibuja ahora nuestro autor francés. Kant ya había dicho que

[...] el hombre y en general todo ser racional existe como fin en sí mismo, *no simplemente como un medio* para ser utilizado discrecionalmente por esta o aquella voluntad. Sin embargo, los seres cuya existencia no descansa en nuestra voluntad, sino en la naturaleza, tienen sólo un valor relativo como medio y por eso se llaman *cosas*; en cambio los seres racionales reciben el nombre de *personas*, en cuyo lugar no puede ser colocado ningún otro fin.¹³

Para Kant, la persona es digna precisamente porque es intransferible, porque no es una cosa, y porque se vive a sí misma como fin; sólo las cosas son objetos que pueden intercambiarse justamente porque son el ser que uno tiene a la mano.

Asimismo, en otra parte Mounier nos dice en torno a la persona: "la persona es desde el origen movimiento hacia el otro, 'ser hacia'";¹⁴ aquí se pronuncia la nota apropiada que permite dife-

¹¹ Emmanuel Mounier, *El personalismo*, *op. cit.*, p. 7.

¹² *Ibid.*, p. 56.

¹³ Immanuel Kant, *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*, Madrid, Alianza, 2005, pp. 114-115.

¹⁴ Emmanuel Mounier, *El personalismo*, *op. cit.*, p. 60.

renciar la persona respecto del individuo. El individuo podría definirse como un ser que se encuentra *encerrado* en sí mismo, es egocéntrico, carece de amor por su semejante, mira a los otros como objetos, perdiéndose simultáneamente en el mundo sin rostro del ello. El individuo, en la terminología de Martin Buber, vendría a ser el “yo” que se ha extraviado, olvidando la inminencia del “tú”. El individuo es el “yo” solo contra el mundo. A este individuo también lo caracteriza una voluntad de venir a menos. El individuo es una mónada cerrada precisamente porque no quiere crecer, porque no ensancha sus límites existenciales, sino más bien se recoge entre ellos. Mounier diría que la condición primera de ser del hombre consiste precisamente en ser individuo. Podría decirse que ser individuo, el hombre no lo busca originalmente; se nace de alguna manera siendo individuo. Para ser individuo basta con ser, nunca se trabaja para ser individuo. No obstante, el hombre puede transitar del ser individuo hacia el ser persona a través de una purificación permanente del individuo que todos llevamos dentro. Sin embargo, este tránsito ya implica un empeño, una disposición y un trabajo. Así pues, la noción de persona, por el contrario de la del individuo, subraya el estado de abierto del sujeto, el hombre es un ser hacia el otro y para el otro. La persona se caracteriza, ante todo, por su esencial estado de abierto.

Ahora bien, cabe aclarar que esta apertura no se identifica con el “ser-con”, ni con el “ser-yecto” de Heidegger, o con la existencia que se vive como proyecto de Sartre, pues la aperturidad de la persona que esboza Mounier, por donde quiera que se le mire, se encuentra impregnada de amor. Aquí cabe reconocer la influencia, más que de Husserl, de Jesucristo, quien a la letra dijo: “Esto os mando: que os améis unos a otros”.¹⁵ Podría decirse que el amor, en la óptica de nuestro autor francés, es el responsable de la aperturidad de la persona. Y este rasgo es justo lo que distingue la concepción de la persona, propuesto por Mounier por contraste del Dasein de Heidegger.

Nuestro autor francés afirma que pensamientos como los de Heidegger, Sartre y Freud son filosofías de la hostilidad precisa-

¹⁵ “Evangelio según San Juan”, 15:17, *Santa Biblia, op. cit.*

mente porque miran al hombre como un ser inválido, incapaz de recibir, de mi parte, el beneficio de la duda, sin hacerse merecedor, de mi parte, de un voto de confianza. Al "otro" no se le ve como mi aliado, antes bien como un probable adversario. El otro no es mi "prójimo", es mi presunto rival. Desde la óptica de Mounier, muy a pesar de los grandes esfuerzos, sobre todo por parte de Heidegger, por abrir el ser del hombre, sin apostar a superar este estado primitivo de hostilidad, no se ha superado la original condición de individuo. Por el contrario, ahora de lo que se trata es de romper ese cerco para constituir finalmente la idea del hombre como persona a partir de la comunicación. Para nuestro autor francés, lo propio de la persona no es la separatividad, no es el aislamiento, no es ser solitario, sino la comunicación.¹⁶ A través de la comunicación la persona se expone, se expresa y se entrega al otro. La persona se comunica no sólo por medio del lenguaje, también su cuerpo es expresivo. La expresión es la manera de romper con este encierro y mirar finalmente la cara del otro. La persona, por su propia naturaleza, es un ser de comunidad, es decir, vive comunicándose, exponiéndose a los demás, donándose y recibiendo la entrega del otro. En la comunidad de personas, la libertad no es conquista o atribución de uno solo, no, la libertad se conquista comunalmemente. Es en la comunidad, en la relación concreta de comunicación con los demás, donde realmente se constituye la persona.

Afirmar que la persona se expone por lo que hace, es afirmar también la unidad indescindible del hombre entre alma y cuerpo. La persona no es un cuerpo, como el de una roca; tampoco es un espíritu, cual si fuera un ángel; la persona es la unión entre cuerpo y espíritu, es tan corporal como espiritual. El autor nos dice:

[...] no puedo pensar sin ser, ni ser sin mi cuerpo: él me expone, a mí, al mundo de los demás, por él me libero de la soledad de un pensamiento que no sería más que pensamiento de mi pensamiento [...], sin cesar me arroja fuera de mí. Por la sollicitación de

¹⁶ Emmanuel Mounier, *El personalismo*, op. cit., p. 41.

los sentidos me impulsa al espacio, con su envejecimiento me enseña la duración. Es el mediador omnipresente de la vida del espíritu.¹⁷

Esta constitución corporal-espiritual es lo que me coloca en dirección hacia la trascendencia.

La persona es un ser expuesto que influye en el otro y a la vez permite la influencia de su semejante en su ser propio. Éste es el nexo en la comunidad. Sin embargo, la comunidad de personas no sólo se engarza por la exposición de la obra que cada cual realiza, hace falta la alusión del amor, pues como se anunció el amor es el primer agente de la aperturidad de la persona. El amor no humilla, no niega, el amor lo perdona todo, nos vuelca necesariamente hacia el otro. El autor dice: "el amor pleno es creador de distinción, reconocimiento y voluntad del otro en tanto que otro [...], el amor es una nueva forma de ser",¹⁸ en donde uno es sólo en virtud del reconocimiento del otro. Existir amando es vivir comprendiéndose a sí mismo y al otro; comprender al otro nos pone en la ruta correcta para poder tolerar y perdonar a nuestro semejante, pues sólo se perdona aquello que se comprende, y se comprende precisamente porque se es capaz de colocarse "simpáticamente" en la situación del otro. El amor es lo que me permite dar el beneficio de la duda y el voto de confianza al otro, el amor es lo que finalmente me permite reconocer al otro como mi "prójimo", es lo que me permite la posibilidad de ser persona, permitiendo al mismo tiempo serlo también para la otra.

No obstante, cabe recordar que, por cuanto que el ser persona no es una condición natural del hombre, sino un proyecto, se requiere una plataforma para el despliegue de esta posibilidad. Y justo aquí es donde puede notarse el papel preponderante y urgente de la educación en el decurso de la revolución humanista del personalismo.

¹⁷ *Ibid.*, p. 34.

¹⁸ *Ibid.*, p. 49.

EL IDEAL DE LA EDUCACIÓN PERSONALISTA
Y LA IMAGEN DE UNA COMUNIDAD MÁS JUSTA

Ahora bien, se sabe que el *ethos* de la filosofía no se constriñe exclusivamente al diagnóstico de la situación en que se encuentra el hombre en determinada circunstancia, sino que justamente este diagnóstico impulsa a la filosofía a trascender el presente del mismo instante en que se encuentra, atreviéndose a formular el ideal de una comunidad idealmente más perfecta; ahí están los casos de la República de Platón, la utopía de Tomás Moro, el comunismo científico de Marx, etc. En este punto, el pensamiento de Mounier también se plantea la posibilidad de una comunidad más justa.

Todo filósofo, en cierta medida, es un fenomenólogo, pero no trascendental (el único fenomenólogo trascendental que conoce la tradición es Husserl), sino un sujeto que existe interpretando su entorno, y con legítimo derecho, a partir de este diagnóstico y con rigor metódico, el filósofo se atreve a proponer una salida al desorden establecido. Mounier propone una sociedad idealmente posible constituida por “personas”. Al respecto nuestro autor dice: “Esta sociedad se cimienta en una serie de actos originales que no tienen equivalente en ninguna otra parte del universo”.¹⁹ Esta sociedad es factible, su posibilidad se encuentra en la cercanía más próxima del hombre; de hecho, esta comunidad sería la más conveniente, amén de susceptible. No obstante, para su materialización se precisa del concurso activo de los diferentes agentes de la misma. Los integrantes de esta comunidad, de entrada, deberán poner en marcha de un modo permanente acciones como las que se enumeran a continuación:

1) *Salirse de sí*.²⁰ Esto en función de que la persona es una existencia capaz de separarse de sí, de desposeerse, de descentrarse para estar disponible para los demás. Salir de sí no implica

¹⁹ *Ibid.*, p. 46.

²⁰ Las cinco acciones que a continuación se enumeran aparecen en Emmanuel Mounier, *El personalismo*, *op. cit.*, pp. 46-48; transcribimos el orden de las acciones y nosotros las comentamos.

enajenarse, sino permitir que el otro se atreva a ser también una persona. Salir es exponerse ante el otro, es decir, donarse al otro y al mismo tiempo asimilar en el ser propio la propuesta del que exponiéndose sale a mi encuentro.

2) *Comprender*. Dejar de colocarme en mi propio punto de vista para situarme en el punto de vista de los demás. La persona existe comprendiéndose y comprendiendo a los demás. El valor de la comprensión de la existencia no estriba en una ganancia epistemológica, sino más bien en ayudarme a ser con el otro. El hecho de la comprensión habla ya de sí de una previa aperturidad de la persona orquestada por la caridad. Comprendo en la medida en que soy capaz de colocarme en la situación del otro.

3) *Tomar para sí, asumir* el destino, el sufrimiento, la alegría, la tarea del otro, "tener dolor en el pecho". Éste es uno de los retos más difíciles de actualizar por parte del hombre, pues generalmente éste se encuentra rehuyendo al compromiso y al dolor ajeno. No obstante, la persona, en su estado de abierto, ha de tener la convicción suficiente de atreverse a sufrir, en verdad, con el otro, y alegrarse también con su prójimo. Para la persona no existe la extrañeza de lo que concierne existir siendo hombre. Sufrir y alegrarse de veras con el otro. Asumir es acompañar en la riqueza y en la penuria al otro.

4) *Dar*. La generosidad o la gratitud, dar sin medida y sin esperanza de recompensa. La generosidad diluye la opacidad y anula la soledad del sujeto. Pues dando se reanima el poder liberador del perdón y de la confianza. Ya decía el texto bíblico que es más bienaventurado dar que recibir, pues dando no se escamotea mi ser, por el contrario, se ensanchan más mis horizontes en cuanto que persona, obligando a los otros a proceder de similar manera mediante el desinterés. Darse a los demás no mengua mi ser, por el contrario, ensancha cualitativamente mis límites.

5) *Ser leal*. La dedicación a la persona, el amor, la amistad, no son, pues, perfectos más que en la continuidad. Esta continuidad no es uniforme, como la extensión indiferente de la mate-

ria, por el contrario, la continuidad de la lealtad tiene que bregar contra las adversidades, los apetitos y las tentaciones. La lealtad es una lucha constante la cual se va ganando de justa en justa. Ser leal implica fidelidad, honestidad. Esta fidelidad es la que garantiza la pervivencia de los valores y el respeto hacia mi semejante. El otro aprende a confiar en sí y en mí tan pronto se pone en operación esta lealtad por el hombre sin más.

Esta sociedad, ante los ojos de nuestro autor, estaría poblada de seres mucho más sensibles y sería mucho más humana: viviendo en el respeto mutuo, amándose unos con otros. Tal sociedad representa, en efecto, una posibilidad del hombre. En este sentido, a partir de estos puntos, Mounier plantea un movimiento revolucionario. Dice que la revolución del humanismo personalista tendrá que *ser moral o simplemente no será*. Esto es, dicha revolución tendrá, en primera instancia, la consigna de conceder la convicción de que la persona representa una fuerza transformadora; es decir, se trata de facturar una *conversión* (cuasi religiosa) integral del sujeto, pues de no generarse esta conversión, la revolución simplemente no será; no importa si el sistema político cambia de la oligarquía al socialismo. Los regímenes políticos no garantizan la renovación de las personas. La verdadera revolución tiene que comenzar transformando la vida de los sujetos (nueva vida), y esta gestación sólo puede acontecer mediante la promoción voluntaria desde el interior del hombre. Para que se dé la revolución humanista se precisa esta conversión del individuo hacia la persona. En este sentido, nuestro autor afirma: "el primer acto de iniciación a la persona es la toma de conciencia de mi vida anónima, indiferente a los otros y el primer paso correlativo de iniciación a la comunidad es la toma de conciencia de mi vida indiferente"²¹ La revolución finca, como primera parada, la conversión de la persona, y para que se dé semejante conversión se requiere, como en Marx, una toma de conciencia de que mi vida, entre la masa, ha

²¹ Emmanuel Mounier, "Revolución personalista y comunitaria", en *Obras*, Salamanca, Sígueme, 1993, p. 221.

sido anónima e indiferente; esta toma de conciencia es el claro indicio de que el hombre se encuentra en la ruta hacia la persona.

Sin embargo, para llevar adelante esta revolución se requerirá también de una, por así decirlo, "plataforma de combate". Esta plataforma se asienta sobre todo en la idea de que la "persona" todo hombre ya la trae consigo al nacer, sólo hace falta despertarla. Y para despertar la persona que cada uno lleva consigo se precisa de la *educación*. Por ello, cabe precisar que, desde la óptica de nuestro autor, el objetivo de la educación "no es hacer personas, sino despertarlas. Una persona se suscita por atracción, no se fabrica con adiestramiento".²² La finalidad de la educación no consiste en adiestrar o suministrar un sistema de verdades ya acabadas, sino más bien debe enseñar a vivir, debe motivar el crecimiento de la persona que todos llevamos a cuestas. Se debe educar motivando a los otros mediante el ejemplo, pues una persona se genera sólo por atracción y no mediante la violencia. La educación personalista busca la plena realización del hombre mediante el encuentro con su vocación, es decir, que cada uno asumiendo su libertad personal desarrolle su caudal de potencialidades en tanto persona, según el llamado de su vocación. La fusión entre la libertad y la vocación constituye un elemento distintivo que dignifica la idea de la educación personalista, pues dicha fusión permite que el hombre se elija libremente y permanentemente exista poseyendo su ser propio en la aperturidad de la persona.

Podría decirse, *grosso modo*, desde nuestro particular punto de vista, que el marco del ideal de la educación en Mounier puede dibujarse a partir de dos contrastes principales, a saber:

a) *Compromiso vs. neutralidad*. La educación posee, ante todo, la misión de despertar seres capaces de existir comprometiéndose, como personas, consigo y con los otros. La educación debe ayudar a despertar este compromiso, es decir, tiene que estar siempre en favor de la persona, y no debe ser, en ningún sentido, neutral. La práctica de la neutralidad se encuentra dirigida a una suerte de callejón sin salida, pues prepara o condiciona al hombre

²² Emmanuel Mounier, *El personalismo*, op. cit., p. 163.

a la indiferencia o al juego, esto es, a la pura superficialidad sin riesgos ni apuesta, no va dirigida a nada ni a nadie. Una educación neutra es una empresa que no genera responsabilidades y no revierte en la vida comunal de los hombres. ¿Qué sentido tiene esta educación neutra? La pura futilidad. Pero el hombre existe cotidianamente asido a ciertos compromisos. Así, la educación debe coadyuvar no sólo a despertar a las personas, sino aún más a trascender a esta persona a comprometerse responsablemente consigo y con el mundo.²³ La educación ha de ayudar a la persona a vivir, y justo por esto, no puede ser neutral.

b) *La prueba y la inquietud personal vs. la conformidad de un mundo satisfecho.* Un ideal de educación enderezado hacia la conformidad de un mundo satisfecho es castrador de todo ingenio posible. En este ideal de educación conformista se tiene por finalidad condicionar al niño al conformismo de un medio social o de una doctrina oficial de Estado o de un conjunto de verdades conclusas, se le hace creer al infante que el mundo en el que existe es todo tranquilidad, y se le condiciona para que éste se dé por satisfecho con el adiestramiento suministrado por el Estado. En contra de esta concepción conformista, Mounier enarbola la idea de que la educación en el niño debe estar basada en la "prueba personal" y en la "inquietud viva y curiosa", esto en el entendido de que nadie experimenta en cabeza ajena; si la educación ha de enseñar al hombre a vivir, la experiencia de la vida ha de precisar de una inquietud (vocación) y una prueba personal. La ventaja de una educación sustentada en la prueba personal consiste en que al niño se le deja ser en libertad, y justamente esta libertad permite que éste asuma personalmente un conjunto de compromisos acordes con sus intereses vocacionales. Es decir, permite que el interés por el conocimiento se genere desde su propio ser y no se le imponga de un modo coercitivo.

Cabe aclarar que la construcción de la persona (léase "la educación de la persona") comienza desde el nacimiento. En torno a

²³ Cfr. Emmanuel Mounier, "Manifiesto al servicio del personalismo", *op. cit.*, pp. 651ss.

esto, Mounier, nos dice: "La formación de la persona en el hombre, y la del hombre según sus exigencias individuales y colectivas del universo personal, comienza desde el nacimiento".²⁴ El niño al nacer comienza asimilando una lengua, una serie de modales y hábitos de conducta, amén de toda una serie de conocimientos conferidos por la misma familia y la sociedad: tradiciones, prejuicios, visión del mundo, historia, etc. Justo por esto es que en la formación y educación de la persona intervienen diferentes instancias, todas incidiendo en mayor o menor medida, como por ejemplo la escuela, la familia, la sociedad, los medios de comunicación y las Iglesias.

La escuela debe entenderse como una instancia educativa ligada a las necesidades de la nación, enderezada a la formación del ciudadano y del productor. En la escuela deberá cultivarse el conocimiento humanístico y las ciencias. La escuela no debe entenderse como un privilegio de cierta clase social, tampoco como un órgano del Estado a través del cual pudiera transmitir homogéneamente su doctrina oficial. La escuela debe entenderse como el espacio en el que se cultiva el conocimiento y se ayuda a los infantes a descubrir su vocación, ninguna escuela puede justificar o encubrir la explotación del hombre por el hombre, o la desigualdad o la mentira. La escuela debe ser una veta que dé lugar a la tematización de los valores. Debe ser entendida como un espacio de diálogo y de crítica ante el orden establecido.

Asimismo, la familia debe entenderse como la célula de la sociedad. La familia debe estrechar sus lazos no sólo por el parentesco sanguíneo, sino mediante el respeto, el amor y los valores. No ha de ver en el niño una propiedad, no hay que olvidar que el primer contacto con la realidad el niño lo realiza a través de la familia. La función educadora de la familia se constriñe en ser la tutora de la vocación del infante. La familia tiene la tutela y la custodia del niño, y en este sentido está obligada a coadyuvar y estimular los intereses vocacionales de la persona. Así también, la sociedad puede considerarse como la magnificación de la familia,

²⁴ *Idem.*

por tal motivo, debe abrazar y al mismo tiempo dejar ser al niño conforme al llamado de su vocación. Esto sería estar educando para la libertad sobre el claro de la responsabilidad y el compromiso: "Una educación fundada sobre la persona, dice Mounier, no puede ser totalitaria, materialmente extrínseca y coercitiva, no podrá ser más que total. Interesa al hombre en su totalidad"²⁵

Si bien la escuela puede entenderse como el espacio donde se cultivan el conocimiento y la ciencia, las Iglesias pueden entenderse como el espacio propicio donde se cultiva la fe a través de la prédica, el perdón y el amor. Decía el apóstol Pablo que la fe nace por el oído: "así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios"²⁶ La fe verdadera es una experiencia que ciertamente se vive en el interior, no obstante, dispone al hombre hacia un estado de abierto, con lo que finalmente la persona queda expuesta ante el otro. En verdad, no puede existir la fe sin caridad. La fe y el amor reiteran a cada momento la procedencia del hombre, quien ha venido a ser conforme a la imagen y semejanza de Dios. Las Iglesias también están llamadas a despertar personas a través de la fe y el testimonio de la caridad. Dios no hace acepción de individuos, por el contrario, dirá Mounier, desea que todos desplieguen sus alas hacia el empeño de trastocarse en personas.

Finalmente, Mounier en su "Manifiesto al servicio del personalismo" nos ofrece un esbozo de las estructuras fundamentales que deben dominar en un régimen personalista, que comienzan con los principios de una educación precisamente personalista, traducidos como las siguientes declaraciones de doctrina:

1) La educación no tiene la finalidad de modelar al niño al conformismo de un medio social o de una doctrina de Estado,²⁷ pues la meta de la educación no consiste en formar minis-

²⁵ *Ibid.*, p. 654.

²⁶ "Romanos" 10:17, *Santa Biblia, op. cit.*

²⁷ Cfr. Emmanuel Mounier, "Manifiesto al servicio del personalismo", *op. cit.*, pp. 658ss. La siguiente enumeración de puntos no es una transcripción literal de los incisos desarrollados por Emmanuel Mounier en dicha obra, es más bien el desglose de una interpretación acerca de las aristas dominantes de la

tros de la ideología dominante del Estado, contruidos con una especie de molde en donde el niño tenga como única consigna la de asimilar una serie de premisas acordes con un mundo satisfecho. No, la educación ha de cumplir la consigna de despertar seres capaces de existir responsablemente y comprometidos con sus semejantes.

2) La actividad de la persona es libertad y conversión a la unidad de un fin y de una fe. Una educación fundada en la persona no puede ser totalitaria. En este ideal la educación no puede ser coercitiva, tampoco puramente extrínseca, pues debe sustentarse en el libre interés del estudiante. Es decir, debe propiciar el concurso entre lo externo (conocimiento que se adquiere) y lo interno (la libre elección de asignatura). La educación personalista le interesa el hombre completo, en toda su actitud ante la vida. Por esto último, aquí no se da cabida a una educación neutra.

3) El niño debe ser educado como una persona por la vía de la prueba personal y el aprendizaje del libre compromiso. Es decir, la educación debe favorecer el florecimiento de la voz interna de la vocación en cada estudiante con el fin de que éste asuma libremente el camino para desplegar sus capacidades como persona. Ningún conocimiento preconcebido sustituye la experiencia de la prueba personal, ya que mediante la prueba personal cualquier estudiante gana para sí mayor seguridad y firmeza en los conocimientos. La vocación es un compromiso asumido libremente.

4) Debe educarse en el amor y para el amor. Educar en el amor es educar en la libertad y para la libertad. En el amor no hay sumisión ni sojuzgamiento entre los hombres. El amor es un extra lúcido. Dice Emmanuel Mounier: "El amor es creador de distinción, reconocimiento y voluntad del otro en tanto que otro; el amor es una nueva forma de ser. Se dirige al sujeto más allá de la naturaleza, quiere su realización como persona, co-

educación a partir, justamente, del texto de nuestro autor francés, en el cual nos estamos basando para el desarrollo de la argumentación.

mo libertad, cualesquiera que sean sus dones o sus desgracias, que no cuentan mucho a su modo de ver: el amor es ciego, sólo que es un ciego extra lúcido.”²⁸ El amor trastoca al individuo abriéndolo y anhelando la realización juntamente con el otro.

Como conclusión, podría decirse que la educación personalista tiende a la configuración de un humanismo sin más, pues se propone la reivindicación del hombre en nombre de la persona. El humanismo posee como peculiaridad la afirmación de que el hombre se encuentra instalado en el centro del ser, ya porque puede pensarlo, ya porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Este humanismo que tiene su insigne origen entre los griegos, y que en el siglo XX ha caído en desuso, ahora vuelve a ser reanimado como norte y horizonte de salvación para todo aquel que se encuentre extraviado en el mundo de “lo útil” y “lo a la mano” o “la técnica,” por el personalismo de Emmanuel Mounier.

BIBLIOGRAFÍA

- Buber Martin, *Yo y tú*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.
 Cassirer, Ernst, *Antropología filosófica. Introducción a la filosofía de la cultura*, México, FCE, 2002.
 Domingo Moratalla, Agustín, *Un humanismo del siglo XX: el personalismo*, Madrid, Cincel, 1985.
 González Hinojosa, Roberto, “La reivindicación de la persona y el ideal de la educación personalista, desde el punto de vista de Emmanuel Mounier”, en *Dignitas*, año II, núm. 5, México, Comisión de Derechos Humanos del Estado de México, 2008, pp. 16-29.
 González Hinojosa, Roberto, “Emmanuel Mounier y el existencialismo ateo: debate en torno a la intersubjetividad y la muerte”, en *Persona y Bioética*, vol. 14, núm. 1, enero-junio, Cundinamarca, Universidad de La Sabana, 2010, pp. 67-83.

²⁸ Emmanuel Mounier, *El personalismo*, op. cit., p. 49.

- González Hinojosa, Roberto, *Renovación del humanismo y emancipación antropológica. Hacia una metafísica del umbral a partir de la filosofía de las formas simbólicas*, México, Fontamara, 2013.
- González Hinojosa, Roberto, *La emergencia del hombre en medio del clamor del ser: Anaximandro, Heráclito y Parménides*, México, Plaza y Valdés, 2015.
- Guissard, Lucien, *Emmanuel Mounier*, Barcelona, Fontanella, 1968.
- Heidegger Martin, *El ser y el tiempo*, México, FCE, 1997.
- Heidegger, Martin, *Kant y el problema de la metafísica*, México, FCE, 2002.
- Kant, Immanuel, *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*, Madrid, Alianza, 2005.
- Mounier, Emmanuel, "Manifiesto al servicio del personalismo", en *Obras*, Salamanca, Sígueme, 1993.
- Mounier, Emmanuel, "Revolución personalista y comunitaria", en *Obras*, Salamanca, Sígueme, 1993.
- Mounier, Emmanuel, *El personalismo*, México, Maica Libreros, 2005.
- Nicol, Eduardo, *La vocación humana*, México, Conaculta, 1997.
- Scheler, Max, *La idea del hombre y la historia*, Buenos Aires, La Pléyade, 1995.
- Valera, Reyna (trad.), *Santa Biblia*, Florida, Publicaciones Españolas, [1960] 1982.